

- Dios no existe, si existiera no habría maldad en el mundo.

- ¡Sí existe!, Dios permite que haya maldad en el mundo para que haya libre albedrío.

- ¿Y qué pasa con los que mueren sin conocer la palabra de Dios?, ¿van al cielo o al infierno?

- Al averno pertenecen, claramente, como todos los que no aceptan a Jesucristo como salvador.

- Yo no lo acepto, Mahoma es mi profeta.

- Yo no confío en esos hombres tan débiles, Odín es mi padre y los demás dioses me guían.

- ¡Pagano!, quemarás en el infierno.

- En el tártaro el castigo se adecua al crimen...

Y así debatían las estrellas, ignorando la razón y la propia libertad de pensamiento, creyendo saber el secreto más desconocido del universo, por el simple hecho de que alguien o algo les dijeran que tuvieran fe.

A pocas galaxias de distancia se hallaba un ínfimo asteroide. Aquel cuerpo inferior antes era un planeta enano desconocido, el cual llevaba existiendo milenios en el vacío, alejado de cualquier cuerpo celeste y aún más de cualquier tipo de vida. Cierta día, hubo una colisión entre aquel diminuto astro y un cometa, lo que significó el origen del asteroide ahora sin nombrar, que orbitaba varias galaxias con tal de conocer el infinito y rellenar el hueco que produjo la soledad en su alma.

Las estrellas no se ponían de acuerdo sobre la existencia de Dios, y como todo ser ignorante e insensato, empezaron una nueva discusión.

- Yo quiero ser Dios.

- Eres pequeña y débil, no puedes ser Dios, déjame a mí.

- No, me ocuparé yo, soy el más grande.

- El puesto de Dios debería de ocuparlo el más sabio, procurará atender a nuestras necesidades de la mejor manera.

- ¡Sí, estoy de acuerdo!

- Pues yo creo que debería de ser el más anciano.

- Hagamos una votación...

El asteroide, que había vivido miles de años sólo en la oscuridad y no se había dejado influenciar por ningún otro ser, había pensado en Dios, en su existencia o inexistencia, en sus funciones, creaciones y había hecho teorías sobre todo lo que puedas imaginar. Cuando se convirtió en asteroide recorrió un número incontable de galaxias, en consecuencia, estuvo en contacto con millones de planetas, estrellas y seres vivos, por lo cual pudo obtener, a parte de una inteligencia superior, un grandísimo conocimiento sobre el universo y sus misterios.

El pequeño astro escuchó rumores que en una galaxia no tan distante estaban eligiendo a un nuevo Dios, no entendían sus religiones y decidieron crear un nuevo ser al que todos puedan adorar por igual. Él, sabiendo que su idea era absurdamente errónea, viaja hacia donde se realizaba esta votación, quería hacerles entender qué era Dios realmente, y que tomaran una buena decisión de acuerdo a sus nuevos conocimientos.

- Si me elegís, os daré todo lo que queráis.

- Como sea el nuevo Dios, eliminaré todo el mal que hay en el infinito.

- Elegidme a mí y os otorgaré un poder a cada uno.

- ¿El poder que queramos?

- Sí, el que queráis.

- ¡Empecemos las votaciones!

- De acuerdo.

- Yo creo que estáis tomando una decisión desacertada, vengo a informaros que la criatura que consideráis Dios, es falso, existe, pero es meramente un invento de la sociedad con el objetivo de generar un comportamiento específico que beneficie a todos o tal vez a un grupo específico de seres. Dijo el asteroide al llegar a la votación.

- ¿Tú quién eres?

- No importa quién soy, sólo importa lo que sé. Para entender qué es Dios hay que plantearse, ¿qué vino primero, la vida o Dios?

- Dios, no hay duda, Él creó la vida, las masas y los seres.

- Eso es un engaño contado por seres vivos que creían entender a Dios. La teoría más probable, es la que dice que el ser humano, por el afán de alimentarse en los períodos de miseria, necesitaba algo o alguien a quien pedir ayuda, y a su vez agradecerle. Rezaban a lo que creían superior, crearon a Dios para darle fin a su hambre. Corrigió el asteroide

- No lo entiendo, si Dios fue creado por el ser humano, ¿cómo es que puede controlarnos a todos?

- Las especies fueron evolucionando, cada vez se hacían más inteligentes e increíblemente devotas, tantos millones de seres vivos rezándole a algo, pidiendo su auxilio, agradeciendo sus conquistas y apoyándose en el gozo de un paraíso y en el temor al submundo para tomar sus decisiones crean una cantidad inmensurable de energía producida por sus cerebros, siendo capaz no solo de crear a un ser tal como Dios, sino otorgarle suficiente poder para destruir el infinito constituyéndose como espacio tiempo.

- Entonces, si nombramos alguno de nosotros Dios, ¿no podrá gobernar a los demás?

- Todo lo contrario, si nombramos a algo o alguien como nuestro Dios y le dedicamos oraciones, estaremos dándole poder para ser nuestro Señor, tendrá la destrucción y la creación a sus manos, podrá decidir nuestro futuro y pasado, a la vez que cambiar la realidad a su voluntad, por esta razón es tan peligroso lo que estáis haciendo, si no elegís bien, será el fin de todos nosotros. Concluyó el sabio asteroide.

- ¿Qué es lo que deberíamos hacer?

- Tengo miedo, no quiero ser destruido.

- Ser de luz, dínoslo, ¿qué es lo mejor para la sociedad?

- Lo mejor sería, sin duda, matar a dios. Afirmó el asteroide

- ¡AH!

- ¡¿En serio?!

-¿Por qué?

- ¿Es eso posible?

- ¡Nos va a castigar si lo intentamos!.

- Dios no era una amenaza, no hasta que habéis intentado quitarle el puesto. Él no permitirá que le quitéis la corona y os toméis con el poder. Tenemos que acabar con su existencia inmediatamente, y el modo para hacerlo es muy sencillo, tenemos que dejar de creer en Dios, no más oraciones, no más lamentos, no agradecimientos, Dios no existe y hay que difundirlo, dividiros y esparcid la información, explicadle a los demás todo lo que yo-

En ese momento el asteroide presenció como todos iban desapareciendo uno a uno, no morían, dejaban de existir. Le entró el terror, sabía que había provocado al todopoderoso y que ese era su fin. Dios decidió hacer desaparecer todo, incluyéndose a si mismo.